

Intento de Interpretación Sociológica de la Realidad Ejidal Veracruzana

Por EZEQUIEL CORNEJO CABRERA
Del Instituto de Investigaciones Sociales
de la UNAM.

La visión sociológico-sintética de la vida del ejidatario veracruzano que ofrecemos a continuación, forma parte de una extensa obra, aún inédita, intitulada “Investigación social de los ejidos del Estado de Veracruz”, realizada por el autor dentro de su labor habitual como miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El material del estudio lo constituyeron 13,320 datos numéricos que fueron tratados estadísticamente; esas cifras se obtuvieron en entrevistas individuales y colectivas con los campesinos en su *habitat*, efectuadas en más de 60 ejidos veracruzanos.

El contacto directo con los agraristas, permitió comprobar la existencia de tres niveles de vida, material y espiritual, en los ejidos visitados que, corresponden a otras tantas regiones geográficas.

En el plano material de la cultura —habitación, vestido, alimentación—, el nivel más alto correspondió a los ejidos influenciados por una industria cercana, el segundo, a los poblados vecinos al mar, y el tercero, a las comunidades alejadas de factorías y de costas, por lo cual su economía depende exclusivamente del cultivo de la parcela.

Opuestamente, el nivel más alto en el ámbito espiritual de la cultura —organización familiar, manifestaciones artísticas—, perteneció a los ejidos puramente agrícolas y, el medio, nuevamente correspondió a los poblados influenciados por la cercanía del mar.

La cultura material campesina, en su ángulo de elementos de la vida cotidiana —habitación, vestido, alimentación—, es factor primordial de la

frecuente falta de salud que padecen los ejidatarios veracruzanos, insuficiencia que se agudiza en las regiones en las cuales, la economía depende de manera exclusiva del cultivo de la tierra, sin el apoyo de alguna industria.

Las violencias climáticas, no encuentran obstáculo de consideración en una habitación construida con materiales poco compactos y, en un vestido generalmente insuficiente, a su acción minadora del aparato respiratorio que se ve repetidamente dañado en los ejidatarios.

La habitación campesina, por lo común construida en medios carentes de planeación urbanística y saneamiento, favorece la invasión de los cuerpos de sus habitantes por parte de gérmenes patógenos causantes de las epidemias que, como el paludismo, minan en altas proporciones al organismo campesino.

En el agua consumida en los hogares ejidales, pululan microbios generadores de las enfermedades gástricas, verdaderos perturbadores del equilibrio biológico de los ejidatarios.

El régimen subalimenticio ejidal, en extremo pobre en proteínas y grasas animales, vitaminas, aminoácidos y calorías determina en gran parte la falta del completo desarrollo del organismo campesino y limita su vigor físico, haciéndolo fácil presa de numerosas enfermedades; a pesar de que el cuerpo humano es capaz en ocasiones de generar mecanismos defensivos superando tales deficiencias.

Las energías requeridas por el organismo humano, se ven menguadas por una habitación, un vestido y una alimentación insuficientes, mengua que se traduce en intensa y pronta fatiga ante el trabajo, que exige frecuentes y prolongados periodos de descanso reductores de la capacidad productiva del campesino, lo que le acarrea descenso en su economía.

Este fenómeno se agudiza en los lugares puramente agrícolas.

La elevación de los niveles de vida, proporciona a la infancia un periodo más amplio para su maduración; en las regiones influenciadas por una industria, el niño ingresa tardíamente a compartir las tareas socio-económicas del adulto, tardanza que redundará en beneficio de la maduración físico-emocional del infante. Una de las formas de manifestación de este hecho es el uso por parte de las niñas de un traje específicamente infantil por un periodo más prolongado.

En las regiones donde la vida tiene como sostén fundamental la agricultura, el niño debe participar desde edad más temprana de las responsabilidades socio-económicas del adulto, participación que tiene como expresión simbólica el uso de traje semejante al de sus mayores, desde la más tierna infancia.

La corta duración de la vida de un campesino, con esporádica longevidad y reducida capacidad laboral, se deben en gran medida a su salud minada por incontables padecimientos.

La industrialización de los productos del campo favorece la elevación de la economía rural, capacitando al ejidatario para construir sus moradas con materiales de mayor consistencia —mampostería— y vestir ropas más funcionales y de mejor aspecto; habitación y vestido cumplen así con mayor adecuación sus funciones biológicas de protección del organismo humano y, asumen un papel eminentemente social, proporcionando al poseedor un status destacado, que lo rodea de prestigio y relevancia social, en su comunidad.

Los cambios técnicos en el cultivo de la tierra requeridos para conseguir de ella mayor productividad y, la orientación hacia la industrialización de los productos pueden ser los lineamientos a seguir por la escuela rural mexicana, eminentemente activa y estrechamente ligada a la realidad del agro, cuidadosa además del mantenimiento y de la promoción de una mayor cohesión social.

En los ejidos veracruzanos se observa un intenso incremento de la acción educativa, acorde con el impulso dado a la enseñanza en toda la República, derivado de uno de los más caros anhelos de la Revolución Mexicana de 1910: la erradicación de la ignorancia en todo el país.

Los más altos ideales educativos de la Revolución Mexicana tuvieron concretización en el ideario que sirvió de estructura a la escuela rural que debería impartir enseñanza activa, vívida, poner al educando en íntimo contacto con su mundo y vincularlo fuertemente a él, tomando a la naturaleza como aula máxima y a la enseñanza objetiva como método básico, alejándose del verbalismo; la escuela rural pretendía capacitar al campesino para que hiciera el suelo más productivo y que, le pudiera proporcionar mayor bienestar y comodidad, lo que traducido a términos actuales sería “elevar los niveles de vida”.

Desafortunadamente la escuela rural se ha desviado de sus líneas directrices originales: se ha convertido en áulica y verbalista; desliga al educando de los problemas del campo por su carencia de orientación técnico-afectiva y, por la falta de una pedagogía específica le impide arraigar al campesino a su tierra, pues, por el contrario, lo desvincula de ella despertándole inquietudes irrealizables en su *habitat* y, dibujándole horizontes sólo alcanzables en centros urbanos, adonde se dirige, principalmente el escolar que ha conseguido los más altos volúmenes de instrucción, a desempeñar roles de inferioridad; con esta huida pierden los ejidos a su juventud mejor preparada.

Las condiciones de vida características de las regiones puramente agrícolas, favorecen en mayor medida el desarraigo de los adolescentes escolarizados, quienes en proporciones más altas emigran hacia los centros urbanos, acentuando la pérdida sufrida por la comunidad ejidal.

En la mayoría de los casos, en que los jóvenes poseedores de un volumen mayor de conocimientos, fijan su residencia en su comunidad de origen, asumen en ella roles de sujetos-guías que, debido a la falta de orientación ético-social de la escuela, no siempre son factor de desarrollo de la comunidad, sino que, utilizan su situación preponderante para su personal encumbramiento.

Superando los aspectos negativos citados, la acción de la escuela rural ha sido grandemente positiva en el campo mexicano y, se ha convertido en motor fundamental de la vida social.

La educación ha fluidificado las relaciones sociales entre personas de cualquier sexo y edad; ha impulsado el desenvolvimiento de la vida espiritual del campesinado ampliando los horizontes artísticos mediante el cultivo del canto, la música y la danza, actividades que sirven de enriquecedoras del círculo diversional y del disfrute estético de la comunidad.

La escuela ha favorecido el incremento del vigor físico de los educandos, mediante la práctica de diferentes deportes.

La escuela rural ha reorientado a la mente campesina hacia nuevas formas de vida despertando el espíritu crítico.

De las nociones científicas proporcionadas por los maestros extrae una comprensión más clara de la naturaleza en la que se halla inmerso, de esta manera los fenómenos naturales como son los ríos, las montañas, las nubes, ya no tienen para él una significación sobrenatural sino una explicación positiva.

Al pretender mejorar sus cosechas el campesino ya no busca el auxilio de las divinidades, prefiere la aplicación de técnicas más evolucionadas para hacer a la tierra más productiva.

El ejidatario veracruzano ya no pretende encontrar la salud física en fuentes mágico-religiosas, pues instruido por la escuela acerca de las causas naturales de las enfermedades —cambios atmosféricos, acción microbiana, insuficiencia alimenticia—, busca el alivio a sus males en el consultorio del médico, formado científicamente.

A pesar de encontrarse el ejidatario en aptitud mental de consultar al galeno, no lo hace con la frecuencia requerida, porque sus escasos recursos económicos no son suficientes para cubrir las elevadas cuotas que cobran los facultativos en su consultorio particular y, carecen además de servicios médicos gremiales.

La actitud positiva de la mentalidad campesina frente a las enfermedades y sus causas se ha proyectado hasta los fenómenos del nacimiento y la muerte de un ser humano, que tienen para el ejidatario veracruzano una significación biológico-natural, alejada de ideas religiosas, ello convierte a las ceremonias del nacimiento y la muerte en actos sociales.

La educación rural promueve una franca desvinculación entre el arte y las creencias religiosas, son por consiguiente las manifestaciones artísticas descuidadas por la escuela las que conservan una tendencia religiosa, sirven de ejemplo las danzas tradicionales —herencia folk de los ejidatarios— impregnadas de un sentimiento religioso que tiene su expresión en los temas que implican, las fechas de realización y, en ocasiones, los sitios en que se efectúan.

Ha quedado plenamente demostrado que la industrialización de los productos del campo, promueve la elevación de los niveles de vida material del agricultor; así como que la sustitución de una organización social decadente —latifundismo— por otra más avanzada —ejido— vigoriza su cultura espiritual.

La conjugación de una organización ejidal más acorde con la estructura social mexicana, la tecnificación de la agricultura y la industrialización de sus productos, orientada siempre por la educación que es factor importante en el desarrollo de los pueblos, podría ser el camino viable para alcanzar una de las metas más dignas de la Revolución Mexicana “la elevación de los niveles de vida material y espiritual del campesinado”.